

al rey de Inglaterra el designio de ir á hacer la guerra á los infieles de España. Resolvieron la empresa, y ya se reunian tropas cuando envió á pedir indulgencias al Papa á fin de alentar á los franceses. Alabó Adriano el celo de este príncipe, mas no aprobó su li-

alguna accion heróica. Sujetó á los moros y venció- los repetidas veces hasta en medio de sus dominios de Andalucía. Fué por último uno de nuestros mayores reyes: no hubo persona mas santa que él siendo mozo, dice Mariana, ni vió España cosa mas justa, fuerte y modesta siendo varon: fué príncipe colmado de todo género de virtudes, y su memoria fué muy agradable á la posteridad por la voluntad que mostró perpetuamente de ayudar á la Religión cristiana. Restableció muchas iglesias catedrales, enriqueció todas las de sus reinos, y fundó diferentes monasterios del Orden del Cister. Murió en Fresneda (después de confesarse con el arzobispo de Toledo don Juan, de cuyas manos recibió el santo Viático) á 21 de agosto de 1157, á los cincuenta y un años y medio de su edad. Dejó divididos sus Estados en sus dos hijos, don Sancho que fué rey de Castilla, y don Fernando de Leon y Galicia.

Durante el largo reinado de don Alfonso, se tuvieron en España doce concilios provinciales en diferentes ciudades del reino, en todos los cuales se trataron los puntos de disciplina que necesitaban de alguna reforma, y se establecieron decretos y cánones para el mayor lustre y buen régimen de nuestra Iglesia. Florecieron tambien por el mismo tiempo muchos santos é ilustres prelados segun ya dijimos en la nota anterior (p. 431), entre los cuales, además de San Isidro labrador y su esposa Sta. María de la Cabeza y demás allí nombrados, mencionaremos á San Pedro, abad de Moreruela, San Martin de Soure, Santa Radegundis y San Aston, natural de Badajoz, quien en su juventud fué á Roma á visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles, y abandonando el mundo se hizo monge en el monasterio de Valcumbrosa, donde llegó á ser general, y después obispo de Pistoia, dejando este ilustre prelado algunos monumentos de su sabiduría, entre los que se cuenta un libro de la traslacion y milagros del Apóstol Santiago, patron de España; otro de la vida y milagros de San Juan Gualberto, y muchos sermones y cartas.—Ya que de Santos hablamos, y que hemos referido en esta nota la venida de Luis VII el jóven á España, oportuno nos parece mencionar la traslacion que entonces se hizo del brazo derecho de San Eugenio á Toledo, de donde habia sido primer arzobispo. Es el caso que en España se habia perdido la memoria del lugar donde reposasen los venerandos restos del primer arzobispo de Toledo San Eugenio. Yendo, pues, al Concilio de Reims, convocado por el Papa Eugenio III, segun queda dicho en esta historia, el arzobispo de Toledo don Raimundo, pasando por París y visitando todos los lugares algo notables, recorrió la iglesia de San Dionisio y tropezó en una capilla con esta inscripcion: «aquí yace Eugenio mártir, primer arzobispo de Toledo.» Agradablemente sorprendido con este hallazgo é informado de la veneracion en que era tenido el Santo y de los milagros que por su intercesion obraba Dios, y confrontados los libros y memorias de aquella iglesia que acreditaban la verdad de

gereza. Recordóle que era muy propio de la urbanidad y de la sabiduría, antes de entrar en un dominio extranjero, esperar, si no un llamamiento formal, á lo menos el consentimiento de los príncipes y de los pueblos del pais (1). «Debeis traer á vuestra memoria, le dice, el viage de Jerusalem que emprendisteis otra vez con el rey Conrado, sin haber consultado á los fieles que estaban en aquellos lugares, ni haber tomado por otra parte bastantes precauciones. Conocéis las funestas consecuencias de esta empresa y las quejas á que dió pretexto contra la Iglesia romana por haber condescendido á ella.» El rey Luis aceptó esta sábia lentitud, y la expedicion, diferida al parecer por entonces, jamás tuvo efecto (1157).

Habiendo corrido por entonces la voz de que los árabes iban á acometer la villa de Calatrava en Castilla con un ejército formidable, los templarios, que tenian en su poder la ciudadela, la entregaron al rey Sancho III, temerosos de no poder salvarla (2). Aterró tambien á este príncipe el peligro que hacia temblar á una gente tan esforzada. Residia sin embargo en Toledo, donde estaba la corte, un monge de Fitero, del orden cisterciense, llamado Diego de Velasco, con

todo, dió luego la noticia á España. Túvose presente cuando vino Luis el jóven, y así se le pidió el santo cuerpo; negábase á ello los franceses; pero al fin su príncipe ofreció enviar el brazo derecho del Santo. Cumplió su oferta, enviando esta preciosa reliquia con el abad de aquel monasterio de San Dionisio. Ya que llegaba cerca de Toledo salieron á recibirle el emperador don Alonso, los dos reyes sus hijos, los grandes, el pueblo y el clero. La sagrada arca fué en hombros del emperador y de sus dos hijos llevada á la iglesia mayor, y colocada en ella el 12 de febrero de 1156, siendo don Juan arzobispo de Toledo, y en ese mismo dia se celebra en toda esta diócesis esa traslacion con el nombre de primera para diferenciarla de la que en 1565 se hizo de todo lo restante del cuerpo del mismo Santo á la misma iglesia, en tiempo de Felipe II, y cuya traslacion con el nombre de segunda se celebra en este arzobispado el 18 de noviembre en cuyo dia se verificó.

(N. del E.)

- (1) Epist. 23.
(2) Roder. l. 7, c. 14; Marian. l. 11, c. 6.

Raimundo su abad. Era de sangre noble, habia seguido la carrera de las armas, y la profesion monástica nada le habia quitado de su antiguo valor. Dijo á su abad que él daria al rey buena cuenta de la plaza si se la quisiese confiar; y habló en un tono y con un aire de tanta seguridad, que obligó al abad á hacer esta proposicion al rey, y á que este accediese á ella. Partieron sin dilacion el monge y el abad á tratar del asunto con el arzobispo de Toledo, el cual aprobó tambien su designio contribuyendo con sus bienes á la ejecucion, y concediendo á todos aquellos que tomasen las armas con este fin el perdon de todos sus pecados, es decir, indulgencia plenaria, la primera que sabemos haber otorgado un obispo. Se presume que en casos tan urgentes, en medio de un pais infestado por los infieles, estaban autorizados por el Gefe de la Iglesia para conceder esta especie de gracias que regularmente estaban reservadas al Papa.

Velasco no tardó en verse al frente de veinte mil hombres, y partió con Raimundo á encerrarse en Calatrava, que los árabes ni siquiera osaron insultar. Muchísimos de estos guerreros abrazaron el instituto cisterciense, pero bajo de un hábito particular y conveniente á los ejercicios militares. Raimundo hizo venir de su abadía los religiosos, los criados, los muebles y aun los ganados. Dejó solamente á los enfermos y algunas personas en un todo precisas para el cuidado de la casa, y espiró poco tiempo después venerado como un santo. Estos fueron en 1158 los principios del orden militar de Calatrava, que en lo sucesivo sirvió de modelo para la fundacion de otros muchos (a). Aprobóle Su Santidad

(a) Si bien la narracion que aqui hace Henrion acerca de la institucion del orden militar de Calatrava, concuerda con la de nuestros historiadores, se diferencia sin embargo en que estos atribuyen la

Alejandro III, que en el año siguiente sucedió á Adriano IV.

Pero antes de la muerte de Adriano, su querrela con el emperador Federico, que mas bien hemos dejado adormecida que estinguida, volvió á suscitarse para sobrevivir con nuevo ardor aun á este Pontífice, que transmitió á su sucesor la Cátedra de San Pedro hecha el blanco de la ambicion, de la perfidia, de la cábala, de las agitaciones mas crueles, y de todos los precursores funestos del cisma y de la discordia. La principal causa de la irritacion de Federico fué el haberse negado la Santa Sede á confirmar la eleccion que este príncipe habia hecho de un arzobispo de Ravena (1159); sin embargo, esta negativa estaba motivada de una manera honrosa para el elegido á quien el Papa decia apreciaba y queria elevar en Roma mismo á mayor dignidad. Por otra parte, después que los prelados de Lombardia reconocieron que habian recibido del emperador los derechos de regalia, habia escrito el Pontífice Adriano á este príncipe una carta muy comedida en las palabras, pero en la que sin embargo se traspiraba alguna amargura (1). Además de esto el

mayor parte de la empresa á San Raimundo, abad de Fitero, y no al monge Diego Velazquez ó Velasco, aunque conviene advertir que Mariana dice que fué Diego quien persuadió al abad se encargase de la defensa de aquella plaza. Con la institucion de este orden, y aun antes que muriese su primer abad San Raimundo (el cual falleció algunos años después en Círculos), tuvieron los moros de España un nuevo y muy terrible enemigo, á quien jamás pudieron superar. Diego Velazquez, después que vivió muchos años adelante, falleció en Gumiel en el monasterio de San Pedro. Véase Mariana, lib. 11, c. 6.—En 1155 tuvo tambien principio la orden militar española de Alcántara. «Fundáronla», dice Ortiz (lib. 8, c. 3), dos caballeros salamanquinos, D. Gomez y D. Suero. Inflamados de celo cristiano contra sus enemigos los moros por un ermitaño llamado Armande, Je sus propios bienes edificaron un castillo estremadamente fuerte junto á una ermita de San Julian llamado del Perejro. Este castillo fué la cuna de una milicia que tanto contribuyó á la restitucion de España á sus antiguos dueños, arrojando finalmente de ella á los moros sus usurpadores después de cast ochocientos años.» (N. del E.)

- (1) Radev. lib. 11, cap. 13.

portador era un hombre común que desapareció antes de que se acabase la lectura de la carta. El emperador, príncipe joven, naturalmente altivo y herido en lo vivo, no disimuló su descontento en la respuesta. Tomó el estilo de los antiguos romanos, puso en el título su nombre antes de el del Pontífice, y en el cuerpo de la epístola usa de la segunda persona del singular hablando con Su Santidad; baja venganza, pues el uso introducido mucho tiempo antes era nombrar en plural las personas de honor á quienes se hablaba. Adriano en su contestacion se queja primeramente de aquel lenguaje injurioso (1); despues acusa á Federico de haber violado la fé jurada, exigiendo el homenaje de sus obispos, en vez de contentarse con el juramento de fidelidad, y prohibiendo á los legados de la Santa Sede no solamente la entrada en las iglesias, sino tambien en las ciudades de su reino; por último, llega hasta amenazarle con la pérdida de su corona si no usaba de una conducta mas prudente. Contestó el emperador con mayor altivez todavia, defendiendo que él no debía su corona sino á Dios, que los Papas por el contrario, así como los obispos, debían sus bienes temporales á la liberalidad de los príncipes; y que todas las máximas contrarias eran sugerencias de una codicia y de un orgullo detestables, que con grande escándalo de los pueblos se habían introducido hasta en la Cátedra de San Pedro.

Exaltándose los ánimos mas y mas, Everardo, obispo de Bamberg, juzgó que debía contener las consecuencias de una tan peligrosa animosidad. Everardo era un prelado distinguido por su doctrina, por la pureza de sus costumbres y por una piedad tan prodigiosa que, aunque ocupado en los negocios públicos y aun en los de la guerra,

(1) Ep. 6.

dedicaba todos sus ocios al estudio y á la meditacion de las divinas Escrituras. El emperador, con una confianza enteramente particular en sus consejos, compartía con él la direccion de sus Estados. De esta suerte el prelado no tenía menos afecto al honor y al bien del imperio que á los intereses verdaderos de la Iglesia. Escribió al Papa y le manifestó con libertad respetuosa cuánto debía temerse que las palabras duras de una parte y otra, por un choque tantas veces reiterado, encendiesen un fuego cuyas llamas se estendiesen muy lejos en el sacerdocio y en el imperio, añadiendo que valia mas extinguir el fuego cuanto antes, que disputar de qué parte hubiese venido.

A pesar de estas representaciones, teniendo el emperador una asamblea en su campamento cerca de Bolonia, envió á ella el Papa legados para pedir la ejecucion del tratado hecho con el Papa Eugenio, para reclamar la restitution de muchas tierras, especialmente las que habían sido dadas á la Santa Sede por la condesa Matilde, y tambien para exigir que los obispos de Italia no quedasen obligados á tributar homenaje al príncipe, y que este reconociese que la magistratura y las regalías de Roma pertenecian á San Pedro. A estas demandas, aparentando el emperador grande moderacion, respondió con esta ironia: «aunque yo no deba esplicarme sobre semejantes objetos sin haber tomado antes el consejo de los señores, no me detengo en decir anticipadamente que yo no pido homenaje alguno á los obispos, siempre que ellos no quieran poseer cosa alguna de mis regalías. Mas si se les dice: ¿qué teneis vosotros que hacer con el rey? Yo á mi vez les diré: ¿qué necesidad teneis de dominios? En cuanto á lo que se acaba de decir de la magistratura y de las regalías de Roma, comprendase por mi respuesta todo cuanto este artículo me

da lugar de pensar: yo soy emperador romano por orden de Dios, y solo tendría un título vano si Roma no estuviese bajo mi potestad (1). El ambicioso emperador pretendía efectivamente percibir del patrimonio de San Pedro, de que no era mas que protector, los mismos derechos que de los dominios del imperio.

Haciéndose cada vez mas espinosa la cuestion con estas negociaciones multiplicadas, y no habiendo apariencias de que el Pontífice ni el emperador tuviesen la disposicion de desistir de su intento, solo podia esperarse un funesto rompimiento, cuando la muerte del Papa Adriano vino á hacer olvidar por el pronto estos primeros temores. Murió en efecto pendiente este negocio, en el dia primero de setiembre de 1159, despues de haber ocupado la Santa Sede cuatro años y cerca de nueve meses. Este Papa, uno de los mas ardientes defensores de los intereses de la Iglesia, estuvo tan lejos de atesorar para sus parientes, que no les dejó ni siquiera un óbolo. Despues de su muerte, su madre que le sobrevivió no tuvo otro recurso en su vejez indigente que las limosnas de la iglesia de Cantorbéry.

Seis dias despues de la muerte de Adriano, los cardenales y los obispos eligieron al cardenal Rolando, cancelario de la Iglesia romana: el clero y el pueblo aprobaron su eleccion y le dieron el nombre de Alejandro III (2). Solo hubo tres cardenales que no le dieron el voto, á saber: Octaviano, Juan de Morson, y Guido de Crema, los tres eran sacerdotes, y bastante temerarios los dos últimos para intentar nombrar por sí solos á Octaviano. Los que habían elegido á Alejandro se dieron prisa á revestirle de la capa de escarlata, que era el hábito particu-

(1) Radevic. c. 30.

(2) Art. Pap. Alex.

lar del Sumo Pontífice y la señal de la investidura del pontificado. Alejandro resistió y huyó por la iglesia, protestando humildemente su indignidad; pero consiguieron en fin revestirle. Entonces Octaviano abandonándose á su despecho, arrancó la capa de los hombros de Alejandro; mas un senador indignado la arrebató de entre sus manos. Octaviano había premeditado la escena impia que presentaba su arrojo. Tenía preparada una capa que hizo llevar anticipadamente, y se la revistió con tal precipitacion que lo de adelante se lo puso detrás, lo que le hizo llamar «el Papa al revés» con grandes carcajadas. Mas no tardó en suceder lo trágico á lo burlesco: abriéronse de repente las puertas de la iglesia, entró tumultuariamente mucha gente armada con espada en mano, nombrando á Octaviano Victor IV. El Papa Alejandro y los cardenales que le habían elegido pudieron á duras penas meterse en la fortaleza de la iglesia, y aun allí fueron inmediatamente atacados por gente armada, y la fortaleza fué para ellos una prision, de donde salieron únicamente para ser trasladados á otra mas estrecha al otro lado del Tiber.

Entretanto, toda la ciudad se puso en conmocion: hasta los niños gritaban contra Octaviano: las mugeres le cargaban de injurias, y le ajaban en sus canciones satíricas, no olvidando en ellas el modo ridículo con que se había puesto la púrpura. Los cismáticos, temiendo insultos mas serios, juzgaren á propósito poner en libertad al Pontífice y á los cardenales, los cuales se retiraron á los dominios del rey de Sicilia. El 20 de setiembre, Alejandro fué consagrado allí segun costumbre por el obispo de Ostia. Octaviano, habiendo buscado por espacio de un mes obispos para su consagracion, fué en fin consagrado en 4 de octubre por el obispo de Túsculo, que había reconocido antes al Papa Alejandro, con asisten-

cia de los obispos de Melii y de Ferento.

Basta haber presentado á la vista estas dos elecciones para hacer palpable el crimen de la de Octaviano. No podria concebirse que este hubiera tenido por protector á Federico, á no estar habituados á ver representar tiempo habia estos papeles escandalosos por los reyes de Germania. Mas lo que no deja de causar alguna sorpresa es, que una maniobra tan destituida de colores plausibles pudiese alucinar á un emperador político y juicioso y de tal habilidad que gobernaba despóticamente la Alemania haciendo parecer no hacia otra cosa que seguir las decisiones de las Dietas: príncipe en quien los fuegos de la vanidad y las quimeras de la presuncion, casi siempre cedian á la razon despues de los primeros impetus: príncipe en fin que al parecer no miraba como un juguete la Religion. Pero Federico habia concebido y fomentado por largo tiempo una fuerte aversion al Papa Adriano; y es muy de temer que la preocupacion contra un Pontífice se estienda contra otro, y aun contra la misma Cátedra pontificia. Tambien pudo suceder que Federico conservase algun resentimiento particular contra Alejandro, el que habiendo sido enviado á este príncipe por el último Papa sostuvo con gran firmeza los delicados intereses que se habian confiado á su mediacion. Sea lo que fuese, el emperador se declaró desde luego por el antipapa, recibió muy mal á los nuncios que le envió el Papa legitimo, y no dió respuesta alguna á sus cartas. En ellas sin embargo se le informaba de cuanto habia pasado, con una individualidad fácil de justificar estando tan cerca del lugar de la escena. No dejó de advertirsele que contra el antipapa se habian ya fulminado los anatemas de la Iglesia. Los cardenales escribieron por su parte, decidiéndose veinte y dos por Alejandro; es decir, todos cuantos habia entonces allí, á escepcion de dos, que

eligieron desde luego á Octaviano, y otros dos que le habian reconocido despues.

Omitimos la larga relacion de todas las maniobras empleadas por el emperador y el antipapa á fin de acreditar el cisma hasta en las naciones estrangeras; para seguir el orden y el hilo de la historia bastará recorrer rápidamente esta triste parte. Federico y Octaviano tuvieron algunos conciliábulos en Pavia y en Lodi (1160 y 1161), cuyas decisiones no dejaron de ser conformes á su voluntad: fué citado á ellos el Papa Alejandro, este rehusó comparecer y fué condenado como contumaz. El emperador obligó por un decreto, lleno de amenazas, á todos los obispos de sus Estados á reconocer al Papa Victor: muchos de ellos en Italia rehusaron obedecer y fueron echados de sus Sillas: todos los de Alemania tomaron alguna parte en el cisma, esceptuando el arzobispo de Saltzburgo, San Everardo, y el obispo de Brizzen, que siempre se dirigia por las luces y virtudes de este: cualidades que resplandecian hasta en su rostro, y las cuales, por confesion del propio Federico, le imprimieron constantemente un respeto tan religioso, que no se atrevió jamás á disgustar á este santo contradictor (1).

No fueron mas felices las pretensiones del emperador con que intentó seducir á varios soberanos, principalmente á los reyes de Francia y de Inglaterra. Estos tomaron con denuedo el partido de Alejandro en un Concilio numeroso reunido en Tolosa y compuesto de los obispos de ambas naciones, donde se rasgó fácilmente el velo de las imposturas que se habian empleado para sorprenderlos (1161). Las tentativas del emperador con respecto á la Gran Bretaña en particular, solo sirvieron para hacerle el objeto de la execracion pública. Candió la voz, como ya hemos referido segun un

(1) *Vil. Can. pag. 296; Radovic, lib. 11, c. 73.*

sábido inglés, el cual aseguró haber sido testigo del hecho en tiempo del Papa Eugenio (1), de que Federico habia prometido á este Pontífice someter toda la tierra á Roma, con tal que el Papa le auxiliase, excomulgando á aquellos á quienes el emperador hiciera la guerra; y que desesperando de hallar un Pontífice legitimo capaz de semejante iniquidad, habia querido elegir uno que condescendiese sin pudor con sus ideas. El rey de Jerusalem y otros muchos príncipes siguieron el ejemplo de los de Francia é Inglaterra. El mismo Manuel, emperador de Constantinopla, escribió al rey Luis el Joven, que bajo su palabra reconocia á Alejandro por Papa legitimo (2). Hallanse otros muchos monumentos que comprueban la buena inteligencia que habia entre el Papa Alejandro y el emperador Manuel, de quien se cree con razon que no favoreció mas el cisma de la Grecia (3).

El Papa Alejandro por su parte hizo y sufrió lo mismo que hemos referido otras veces bajo los pontificados precedentes. Envió sus legados y su justificacion á los diferentes soberanos de la cristiandad: exhortó muchas veces al emperador Federico á que desistiese de su error, le excomulgó, y declaró absueltos del juramento de fidelidad á los que se la habian prometido (4). Alejandro á su vez fué condenado y anatematizado por los cismáticos, y dirigió sus quejas y manifiestos á los príncipes y á las iglesias; y sus doctores publicaron una multitud de disertaciones y de apologías. El emperador por su parte fomentó las facciones romanas; la familia de Octaviano, muy poderosa en Roma, redujo al Papa á extrañarse de ella, le quitó la mayor parte de los patrimonios de San Pedro, le puso

asechanzas en todas partes, y despojó y encarceló á cuantos iban en su busca. Federico tomó y arruinó la ciudad de Milan, entre otras muchas, en venganza de la adhesion que el arzobispo y los cónsules profesaban al Papa: llegó á quitarles hasta las reliquias mas veneradas, tales como los cuerpos de los tres santos reyes, en cuya posesion pretendian estar, y fueron trasladados á Colonia, donde se veneran en el dia. En fin, no pudiendo Alejandro vivir ya en Italia con dignidad y seguridad, se refugió en el asilo abierto en todos tiempos á los Pontífices perseguidos.

Conocia las disposiciones particulares que tenia la Francia á su favor por medio del santo arzobispo Pedro de Tarantasia, que poco tiempo antes habia hecho venir cerca de su persona. Los religiosos del Cister, antiguos compañeros del santo prelado habian contribuido poderosamente á hacer reconocer al Papa legitimo, no solamente en los pueblos libres de preocupaciones, sino tambien en muchas partes de los Estados del emperador. Este orden se hallaba entonces en el grado mas eminente de su crédito. Contaba mas de setecientos abades y una multitud prodigiosa de monges, de los cuales muchos se hallaban elevados al episcopado. Los santos religiosos de la Cartuja dieron igualmente gran socorro al Papa Alejandro, y aun fueron los primeros que se declararon por él. El emperador se irritó de tal manera contra San Anthelmo, entonces cartujo y despues obispo de Bellay, que le hizo excomulgar en sus conciliábulos, como autor principal de la resolucion de sus hermanos. Por lo que hace á los monges cistercienses, mandó que todos los que se hallasen en su reino saliesen de él si no reconocian al Papa Victor, lo cual obligó á que muchos abades con sus comunidades enteras se refugiasen en Francia, del mismo modo que el Gefe de la Iglesia.

(1) *Joan. Sarisb. ep. 59.*

(2) *Guill. Tyr. lib. 48, cap. 49.*

(3) *Cinn. lib. 5, n. 1.*

(4) *Act. Alex. III, ap. Baron.*